

An illustration of a young girl with dark curly hair and a white headband, sitting on a red wooden bench. She is wearing a red and white striped shirt and blue jeans, looking thoughtfully at the sky with her hand on her chin. A yellow backpack sits on the bench next to her. Several books are scattered around: one open book floats in the air to her left, another open book floats to her right, a closed red book lies on the ground in front of her, and an open book lies on the ground to her right. The background features stylized trees with dark blue foliage and a row of legs and feet at the top, suggesting a crowd of people.

Najat El Hachmi

Los secretos de Nur

DESTINO

Najat El Hachmi

Los secretos de Nur

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2025
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Najat El Hachmi, 2025
Autora representada por MB Agencia Literaria, S.L.
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2025
ISBN: 978-84-08-25430-0
Depósito legal: B. 908-2025
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar
este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia
artificial.

Me llamo Nur y voy a ser escritora

28 de diciembre

Voy a ser escritora, lo sé como sé que tengo doce años, el pelo rizado y que soy la niña más alta de la clase de sexto. Y voy a ser escritora desde ahora mismo escribiéndote a ti, que me lees, contándote aquí lo que no puedo decir en voz alta. Pensamientos, sentimientos, ideas y cosas que me pasan y que no puedo compartir con nadie por varias razones: porque me dan vergüenza, porque aún no me entiendo ni yo misma, porque en casa hay temas y palabras que están completamente prohibidos o porque hay cosas que son mías y solo quiero compartirlas en esta libreta, este sitio seguro y confortable donde puedo expresarme tal como soy sin dar explicaciones ni sentirme juzgada.

Y de paso empiezo a ser lo que voy a ser de mayor: es-

critora. A ti te lo puedo decir con tanta seguridad porque no es que sea algo que desee o quiera, ni un sueño que espero que se haga realidad: me veo en el futuro y sé, como sé que la Tierra es redonda, que seré escritora. Veo mis libros, en los que sale mi nombre en letras grandes y visibles: Nur Lamharti Benzekri. Y ya que saco este tema aprovecho para compartir contigo mi decisión de cambiarlo un poco. No es que me vaya a poner un apodo ni nada de eso, pero estoy harta de que la gente lo pronuncie mal y he decidido que, en vez de escribirlo como sale en los documentos oficiales, le voy a quitar una «o» que no sirve de nada, una «o» fantasma, que no se pronuncia porque resulta que, aunque Iimma y Baba (que es como llamo a mis padres) hablan amazic, una lengua de Marruecos que no es el árabe, cuando tienen que escribir nuestros nombres en alfabeto latino lo hacen como en francés. Aunque nosotros de franceses no tengamos ni un pelo. Es algo que me costó mucho entender. Parece ser que durante un tiempo los franceses mandaron en Marruecos y todo se tenía que hacer en su lengua aunque la gente hablara otros idiomas. Con la independencia se fueron, pero la forma de escribir los nombres se quedó. Por eso yo, que no he vivido nunca ni en Marruecos ni en Francia, me llamo Nour. Porque parece ser que «ou» en francés suena «u», mientras que para leer una simple «u» hay que hacer como si quisieras pronunciar una «u» y una «i» a la vez. Inténtalo, ya verás. Y claro, yo no podía llamarme Nur con una ridícula boquita de pi-

ñón. Es un lío, lo sé, pero la realidad es que, como muchas otras personas, solo para decir mi nombre tengo que pensar un montón de cosas, enterarme de historias que no tienen nada que ver con mi vida, como quién mandaba en Marruecos hace vete tú a saber cuántos años y que no todo el mundo escribe en la misma lengua que habla. Porque hay idiomas, como el de mis padres, que ni siquiera se escriben, pero ese es otro tema. Mira, al contarte todo esto ya me entiendo mucho mejor, como si hubiera ordenado mis pensamientos encima de la mesa.

Si dijera todas las letras de mi nombre tal como sale en el libro de familia, me llamarían Nour, que suena como si arañaras una pizarra con unas uñas largas y duras.

Antes, cuando aún no me había quitado la «o», la conversación con la gente que veía mi nombre escrito era ligeramente distinta, más o menos así:

—¿Te llamas No-ur?

—No, Nur, pero se escribe ene, o, u, erre.

—Nour.

—Nour no, Nur, con u.

—Entonces ¿por qué hay una «o»? Si no suena, ¿para qué la ponéis?

—¿Sabes qué? Que puedes llamarme Ana.

Esto último no lo he dicho nunca, pero no por falta de ganas, la verdad. El problema es que nadie se lo creería porque con mi pelo rizado y grande y mi piel de color

cortado (café con leche sería demasiado claro) parece ser que no tengo pinta de Ana.

La verdad es que no veo yo que mi nombre sea tan complicado, pero aquí la gente no está acostumbrada, o todavía no ha conocido suficientes Nours, como para saber pronunciarlo bien, por eso tengo que hacer muchos más esfuerzos que las niñas que se llaman Ana o Laura o Pepita. Bueno, si te llamas Pepita, sí que tienes que explicar por qué tus padres te odian y te han puesto un nombre de señora mayor.

Por suerte, aprendí a deletrear mi nombre desde muy pequeña: ene, u, erre, ene, u, erre. ¡Ene! ¡U! ¡Erre! También he pensado en cambiármelo a Ana para no tener que aguantar siempre la misma conversación:

—¿Cómo te llamas, bonita?

—Ene, u, erre. ¡Nur!

—¿Cómo? ¿Qué?

—Ene, u, erre. ¡Nur!

Todo esto cambiará el día que sea una escritora famosa y mis lectores aprendan a decir Nur Lamharti Benzekri. Un poco largo, tienes razón, demasiadas letras que cuesta pronunciar, pero da igual, ya se acostumbrarán, igual que yo he aprendido a escribir Highsmith o Conan Doyle. ¿Ves? Todo esto que acabo de poner aquí no podría decirlo nunca en voz alta, me moriría de vergüenza. ¡Qué maravilla que me leas! No podría decir algo así porque yo misma, cuando tengo estos pensamientos, me digo: «No seas tan engreída, Nur», que es lo que me

dirían mis compañeros de clase si les contara que voy a ser escritora, y tan famosa que la gente aprenderá a pronunciar Nur y así la vida será más fácil para todas las Nurs del mundo que viven en países donde no saben pronunciar su nombre. No, esto no puede saberlo nadie de la escuela, ya me señalan y me ponen etiquetas que llevo pegadas desde infantil: «Nur, la loca de los libros» o «Nur, la que lee diccionarios» o «Nur, la que siempre saca buenas notas». Solo me faltaba cargar con «Nur, la que está tan loca que cree que será una escritora famosa». Ay, qué alegría poder decirlo sin más, sin miedo a que me juzguen.

A veces Carme Rovira (la Rovi, mi tutora de este año) me encuentra sentada en un rincón del patio, sola y concentrada en alguna novela de misterio. Se me acerca, me dice que más me convendría jugar, yo levanto la mirada y, como interpreto que es una sugerencia y no una orden (no haber usado el condicional, señó), vuelvo a ponerme a leer. No sé cómo lo hace, pero siempre me interrumpe en el momento más interesante, cuando estoy a punto de descubrir al asesino. La Rovi no suele conformarse con que yo la ignore y siga leyendo, casi siempre se me acerca, levanta el libro para ver qué leo, mueve la cabeza con desaprobación y añade:

—Esto no es para tu edad.

Claro, ella preferiría que leyera libros absurdos de los que son «a partir de ocho años», «a partir de doce años», pero la edad no es más que un número, y para leer lo

importante es entender el texto; si te gusta, ¿por qué tienes que esperar a ser mayor? Los infantiles me los leí todos en primero de primaria; después ¿qué se supone que tenía que hacer? ¿Aburrirme por culpa de un simple número que no dice nada ni de mí ni de mis gustos ni de mis capacidades? Como puedes imaginarte, la Rovi no se sale nunca con la suya, conmigo no puede. Yo siempre vuelvo a mis crímenes y ella suelta un suspiro y se va con las manos metidas en los bolsillos cuadriculados de su bata.

Parece ser que hay padres que deciden qué tienen que leer sus hijos en función de su edad, pero la Rovi no entiende que en nuestra casa nadie tiene tiempo ni para decirme lo que tengo que leer ni para averiguar si lo que leo es adecuado para mi edad o no. Iimma y Baba creen que en los libros no puede haber nada malo, y cuando no me ven la cara porque la tengo detrás del ejemplar que estoy leyendo, se quedan tranquilos. Y eso que ellos no leen nunca y solo muy de vez en cuando consigo que me compren un libro que va a ser solo mío y no he de devolver a la biblioteca. En mi habitación, que es pequeña pero solo mía porque es la de las niñas y soy la única chica de los cuatro hermanos, tengo una estantería minúscula con mis libros colocados en perfecto orden de tamaño: unos diccionarios que me regaló la vecina del primero cuando se fue a vivir a una residencia y los libros de lectura que hemos tenido que comprar para el cole y no me han obli-

gado a pasárselos a ninguno de mis hermanos. Son mi tesoro.

Mis padres no leen por razones importantes:

- a. Baba fue al colegio en Marruecos, pero poco tiempo, porque «era un crío cuando me pusieron a pastorear cabras y luego a cargar sacos». Cuando lo cuenta mis hermanos se parten de risa. ¡Cabras! Aprendió árabe, que, como te he dicho antes, no es su lengua materna porque en su pueblo la gente solo habla amazic. Además, como el amazic es una lengua oral, para aprender a escribir es obligatorio aprender otro idioma. ¿No te parece raro? Yo el árabe no lo entiendo muy bien porque con mis padres me comunico en su lengua. Los sábados nos mandan a la mezquita para aprender a ser buenos musulmanes y memorizar el libro más importante del islam, el Corán, pero repetir como loros las suras no es saber árabe. Baba también aprendió el alfabeto latino (que, como puedes ver, no solo sirve para escribir latín), pero si le preguntas cómo lo hizo te dice que no lo sabe porque nunca fue a clases de francés. A ver, no es que lea a Highsmith, pero puede deletrear nuestros nombres. A veces, cuando está viendo la tele, hace algo muy curioso: lee en voz alta el nombre del presentador de las noticias que aparece en pantalla. Un poco como los niños pequeños: junta una letra con otra y se pone

contento cuando descifra el nombre entero. O sea, que Baba hace exactamente lo contrario que yo, que con un solo vistazo ya capto lo que está escrito. Cuando veo que se pone así frente a la tele me vienen sentimientos contradictorios; no te creas que es cómodo darte cuenta de que sabes más que tus padres en algunos aspectos. Es un poco como si yo fuera menos niña y ellos menos padres, como si nos cambiáramos los papeles. Pero las cosas siempre han sido así, y para nosotros es lo normal. Un día le pregunté a Baba cómo había aprendido esas letras y me dijo: «Sobre la marcha», usando esta expresión en castellano. Y para hacerse el gracioso añadió un dicho que le gusta mucho: «Despacito y buena letra».

- b. Imma no aprendió a leer y a escribir porque en el pueblo donde nació se daban las siguientes circunstancias:
 - b.1) Las niñas hacían falta en casa, donde siempre había mucho trabajo; un trabajo que, por lo que parece, solo podían hacer las niñas.
 - b.2) La escuela estaba muy lejos, algo peligroso para una niña.
 - b.3) Un día Imma convenció a Yeddi Hamza (o sea, el abuelo Hamza) para que la dejara ir a la escuela. Lo consiguió prometiéndole que no dejaría de cumplir con sus tareas de chica, que se ocuparía de todo antes y después de las clases

y que iría con mucho cuidado por el camino, que no hablaría ni con locos ni con ladrones. Imma siempre cuenta esta historia con todo lujo de detalles, y cada vez que lo hace cambia algo, cosas como el color del vestido que llevaba o si se había hecho una trenza o dos. Pero eso da igual porque lo que no cambia nunca es que cuando regresó del colegio el primer día le dijo a Yeddi que el maestro les había pedido que llevaran una libreta.

—Y ¿cuánto cuesta, si puede saberse, la libreta?

—Solo dos duros —dijo Imma, y la respuesta de Yeddi le pareció lo más terrible que le había dicho nunca su padre.

—Pues ya puedes volver a casa, donde serás útil sin gastar ni un duro.

Siempre que se encuentra en una situación en la que se siente impotente porque no sabe leer y escribir («¿Qué pone aquí?», me pregunta alargándome el papel), Imma saca esta historia y termina suspirando con pena.

—Por dos duros me quedé burra para toda la vida.

Me da pena que diga eso porque ella es de todo menos burra. De hecho, es una de las personas más listas que conozco, no te exagero. Pero le negaron lo que más miedo me daría que me negaran a mí: la posibilidad de desarrollar su inteligencia a través de la educación. Es algo que tampoco puedo compartir con nadie, porque a

nuestra edad se supone que tenemos que decir que no nos gusta ir al colegio, ¡y a mí me encanta! ¡Me hace muy feliz! Chis, no se lo cuentes a nadie.

Lo que más me gusta de mis padres es que, a pesar de no ser lectores, nunca me han dicho que no lea. Desde pequeña me han dejado ir a la biblioteca, y a mis hermanos, a quienes no les gustan nada los libros, siempre les piden que los traten bien. Cuando tiran uno al sofá o por donde sea, Iimma lo coge, le pasa una mano por encima como si lo acariciara y lo deja bien colocado en lo alto del mueble del comedor.

Mis padres no podrían entender lo de los libros que «no son para tu edad». Si sabes leer un libro, es para ti. Pero el vocabulario es complicado, me dice la Rovi. Y yo le contesto que no se preocupe, que tengo diccionarios. Como es nueva no me conoce, no sabe de lo que es capaz Nur Lamharti Benzekri, futura escritora. Las otras maestras ya ni se fijan en que estoy leyendo en el patio. Las que me conocen desde pequeña le contarán que empecé muy pronto y que descubrieron que sabía leer porque a los cuatro años ponía un dedo sobre los nombres de mis compañeros y los decía en voz alta. Es casi una de esas leyendas del colegio que repiten de vez en cuando: al principio no se lo creían porque era una niña que hablaba otra lengua en casa y además Iimma les había asegurado que no había pisado la guardería. La maestra que descubrió que ya leía creyó que me habían adiestrado mis padres para ser o parecer más inteligente. Uno

de esos niños a los que tratan como a perritos, a los pobres, y les dan premios si aciertan el nombre de los colores o recitan la tabla periódica. Te puedo asegurar que no es mi caso. Baba se pasa el día trabajando, e Imma siempre está en casa, pero tan atareada entre poner lavadoras, recoger la ropa, hacer el pan, los almuerzos y las cenas, que no tiene tiempo de nada. Piensa que Abde (mi hermano) tenía solo un año cuando nací yo, y que Ilias llegó dos años después. El único que se hizo el remolón (cómo me gusta esta expresión), el inesperado, según dice Imma, porque parece ser que tres hijos ya eran suficientes, fue Adam, que ahora tiene cuatro años y es un poco el juguete de la casa. O sea, que Imma, cuando yo era pequeña, casi no tenía tiempo ni para darnos de comer ni para vestirnos, ¿cómo se le iba a pasar por la cabeza dedicarse a adiestrarnos para que pareciéramos más listos, como hacen algunas madres en las películas?

No sé cómo aprendí a leer, pero las maestras me dejaban llevarme a casa los libros de la diminuta biblioteca del colegio, que en realidad eran dos estanterías bajas en la sala de profesores porque no hay ningún espacio que pueda llamarse propiamente así. Y seguimos sin tenerlo. Ni sala de actos, ni un gimnasio como los de las películas y series americanas, porque nuestra escuela es provisional y está formada por barracones prefabricados que parecen contenedores de camión. En invierno nos pelamos de frío y en verano nos ahogamos de calor,

pero cada año viene un inspector del Departamento y le dice a la directora que pronto habrá dinero para construir un edificio de verdad con todo lo que tiene que tener una escuela. Luego llega el siguiente curso y volvemos a los mismos barracones, y ya estamos tan acostumbrados que nos cuesta imaginar un colegio con paredes de verdad.

Por suerte, como ya te he dicho, hace tiempo que puedo ir a la biblioteca del Barrio de Abajo, que tampoco es que sea muy grande, pero tiene muchos libros que todavía no he leído, y si quiero alguno que no tienen, se lo digo a Rosi, la bibliotecaria, y ella lo pide y se lo traen en pocos días. La primera vez que fui a la biblioteca fue con limma, para que aprendiera el camino, y después ya me dejó ir sola. Cuando entré me pareció que estaba adentrándome en una cueva llena de tesoros, y me dieron ganas de gritar: «Ábrete, Sésamo», como en el cuento de Alí Babá y los cuarenta ladrones, que ya había leído. El carnet era la palabra mágica que abría las puertas a todas las historias, a sitios que yo no había visto nunca, a personajes fantásticos. No me aburrí nunca más, y unos cuantos libros después dije: «¡Voy a ser escritora!».